

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIII

Mayo de 1946

Núm. 251

Puntos de vista

Premio Nacional de Literatura

*P*OR quinta vez acaba de discernirse en nuestro país, el Premio Nacional de Literatura recayendo en esta ocasión, en la persona del novelista Eduardo Barrios. El primer escritor chileno que recibió esta distinción fué Augusto D'Halmar cuya labor literaria tenía eco y difusión tanto en la América española como en España en donde viviera, según lo ha declarado él mismo en muchas ocasiones, los más hermosos años de su existencia de artista. Luego el premio se le dió a Joaquín Edwards Bello, periodista vibrante, que ha hecho novelas de indudable mérito, no tanto por el relieve de los personajes como por la gracia colorista y viva de los ambientes que trata en ellas y a las cuales sabe darles la nerviosa animación de quien está acostumbrado a glosar la vida diaria en crónicas y comentarios de actualidad. En el año 1944, lo recibió Mariano Latorre, novelista y cuentista cuya labor es bien conocida dentro de nuestro país por el carácter muy personal que ha sabido darle a su obra creadora. Y decimos personal, porque Latorre es el escritor que toma al campo y sus habitantes como escenario y acción de sus relatos, demostrándose como un vigoroso narrador con notables facultades para describir la naturaleza y lo que más típicamente refleja las modalidades de la vida chilena en el campo.

Un poeta, Pablo Neruda, artista de extraordinarias facultades recibió el premio nacional de Literatura en 1945. Es Neruda

el más joven de los escritores chilenos que ha recibido esta distinción con la cual Chile, manifiesta al hombre de espíritu que ya no permanece indiferente ni desdeñoso frente al esfuerzo y a la abnegación que supone en esta tierra dedicarse al cultivo de las bellas letras. Bien conocida es la obra de Neruda, entre nosotros para que nos extendamos en apreciaciones sobre su calidad y significación. Acaso sería conveniente decir en esta oportunidad que con ella se inicia una verdadera revolución en la manera de expresar su inquietud la poesía chilena. Neruda, con sus nuevas fórmulas, hace escuela y en ella forman en una interesante falange, la mayoría de los poetas chilenos del año 1920, hasta los días que corren.

El Premio Nacional de Literatura, dado este año a Eduardo Barrios implica el reconocimiento pleno a la labor de un escritor de limpia y elevada estirpe espiritual. Barrios ha escrito novelas en las cuales se ha revelado como un profundo conocedor del alma humana y a la vez como un certero y fino observador de la modalidad de estos pueblos que tienen mucho de mestizos en su sangre y también en su espíritu por las especiales características que el medio imprime a la personalidad humana.

Conviene insistir en el caso de Barrios, que al reconocer destacarse sus méritos con este premio, se pone de relieve su labor de novelista, porque es en la novela donde este autor ha demostrado las más felices disposiciones para realizar su obra. En América y en Chile mismo, en la actualidad, no hay novelistas, o ellos son muy escasos. La verdad es que son muchos los autores que no titubean en colocarle la clasificación de novela a un libro que en ningún caso, orgánicamente, responde a ese género, o por lo menos al concepto clásico que de él se tiene.

Las novelas de Barrios corresponden justamente a su género, por la observación de vida que en ellas se capta, por el principio, medio y fin, de su argumento, por el caudal de emociones que palpita en sus páginas y porque en ellas arde la llama de un verdadero creador artístico que cumple con aquellas premisas de que ha-

blaba Maupassant en el famoso prólogo de su novela *Pedro y Juan* y que decía en una parte de él.

«Cualquiera que sea la cosa que se quiera decir no hay más que una palabra para expresarla, un verbo para animarla y un adjetivo para calificarla. Es necesario buscar hasta descubrirlos, esa palabra, ese verbo y ese adjetivo y no contentarse nunca con aproximaciones, no recurrir a supercherías siquiera sean afortunadas y a payasadas de lenguaje para evitar la dificultad».

Las palabras transcritas con las cuales Maupassant recordaba los consejos de su maestro Flaubert, explican nítidamente lo que debe ser el concepto estético en el estilo del novelista. Barrios, sin exagerar la nota, ha ido a nuestro juicio por este camino, pues todos sus libros están escritos en un hermoso lenguaje de vida y donosa fluencia, que sin embargo no es sino el resultado de un trabajo paciente en el cual obran por iguales partes la sensibilidad para no desposeerlo de su elocuencia vital, y el esteta vigilante que cuida de la belleza y corrección en el uso del idioma.

Barrios, además, de su labor de novelista, tiene algunas obras teatrales que fueron estrenadas hace algunos años con franco éxito. Refiriéndose a ellas y en un simpático juego de palabras nos decía hace pocos días, en una conversación.:

«Tal vez yo podría renunciar o resignarme a no tener «lo que niega la vida», pero en ninguna caso a «Vivir».

Son los nombres de algunas de sus obras teatrales y Barrios al expresar de esta ingeniosa manera su amor por la existencia y por su obra «Vivir»; nos hace columbrar una parte del secreto de su éxito en la creación artística. Porque un novelista nunca podrá decirle nada interesante a sus lectores sin antes haber vivido intensamente.

Y esto es lo que hizo el autor de «El hermano asno» y de «Un perdido», a quien ahora acaba de otorgársele tan merecidamente el Premio Nacional de Literatura.